

cuerpo, inútil si se alejaban los ingleses, insuficiente si permanecían hacia aquel punto, no podía menos de hallarse comprometido, como tardaron poco en acreditarlo las resultas, y más valiera limitarse á dejar en Badajoz una guarnición, no de cinco mil, sino de diez mil hombres, con los víveres correspondientes, y llevar todo el ejército á Andalucía; y así Badajoz se hallara en mejor situación para defenderse, y estuviera el mariscal Soult en proporción de cumplir la tarea que en otra parte le estaba asignada.

Sea como quiera, partió de Badajoz para Sevilla, y el mariscal Marmont se puso en camino para remontarse hacia el Tajo. Fatigados los ingleses de dos sitios infructuosos, sin el material necesario para emprender el tercero, con muchos enfermos en sus tropas, atacados á orillas del Guadiana de las calenturas de Extremadura, se establecieron en la sierra de Portalegre, necesitando también de algún reposo, y tomaron sus cuarteles de verano, equivalentes en aquellos países ardorosos á los que se llaman en el Norte cuarteles de invierno.

El mariscal Marmont, cuyo encargo como general en jefe del ejército de Portugal era oponerse á las empresas de los ingleses, en primer lugar las que intentaran hacia el Norte, donde se hallaba nuestra principal línea de comunicación, y en segundo las que tentaran asimismo hacia el Mediodía, escogió con mucho discernimiento la posición del Tajo, entre Talavera y Alcántara, como la más adecuada á que atendiera á sus diferentes obligaciones. Con efecto, desde las orillas del Tajo podía ir por el puerto de Baños en cuatro marchas á Salamanca, unirse al ejército del Norte y acudir concertado con él al socorro de Ciudad Rodrigo. Desde esta posición podía también descender por Trujillo en poco tiempo hacia Mérida y Badajoz, juntarse, como acababa de hacerlo, al ejército de Andalucía, y correr así alternativamente en socorro de Ciudad Rodrigo ó de Badajoz, las dos puertas por las cuales tenían los ingleses el medio de penetrar desde Portugal en España. Adoptada esta determinación, escogió el puente de Almaraz como centro de las comunicaciones que debía guardar; escogió por cuartel general la aldea de Navalmoral, situada entre el Tajo y el Tietar y cubierta por estas dos vías fluviales. Empezó por dar al puente de Almaraz la mayor solidez posible, le proveyó de dos fuertes cabezas de puente, y como la meseta de Extremadura hacia el puerto de Mirabel proporcionaba posiciones dominantes y desde las obras de Almaraz podían ser atacadas ventajosamente, construyó muchos fuertes sobre ellas y dotólos con pequeñas guarniciones. Sobre el Tietar echó también un puente y una cabeza de puente de manera de poder desembocar fácilmente lo mismo por un lado que por otro contra el enemigo, á cuyo encuentro fuera preciso ir con su tropa.

Tomadas que hubo estas precauciones, acantonó á una de sus divisiones en Almaraz y dispuso su caballería ligera en escalones sobre el camino de Trujillo para recorrer la Extremadura, recoger pan y tener noticias de Badajoz; en Navalmoral estableció otra de sus divisiones para guardar su cuartel general, y tuvo dos en Plasencia, prontas siempre á transponer los montes y á bajar sobre Salamanca, y otra en el mismo puerto de Baños para que todavía estuviera más pronta á desembarcar en Castilla la Vieja. Por último dejó á su espalda

la sexta para que defendiera la rica provincia de Ávila contra los *insurgentes*. Después de hacer esta prudente y bien entendida distribución de sus fuerzas, que le permitía trasladarse con igual rapidez á Extremadura ó á Castilla, el mariscal Marmont se apresuró á formar sus almacenes, á reparar su material de artillería, á cuidar sus enfermos y heridos existentes en rededor de Salamanca. Situado en el límite del ejército del centro y cuestionando sobre la distancia á que podría extender sus requisiciones de víveres, se dirigió á Madrid para entenderse con José, á quien había conocido mucho, y con quien, por una fatalidad peculiar de España, tuvo no pocos vivísimos altercados, aunque uno y otro fueran de carácter dulce por extremo y aunque ambos en el fondo estuvieran animados de las más benévolas disposiciones.

De seguro no se ha olvidado que el mariscal Bessieres temió el efecto que el alejamiento del ejército de Portugal debía producir en las provincias del Norte, y que de consiguiente instó mucho para impedir su partida. Por su parte los ingleses habían concebido la esperanza de ver insurreccionadas estas provincias tan luego como el ejército de Portugal dejara de estar en medio de ellas. De fundamento carecían estos temores y estas esperanzas, y á pesar de las excitaciones de la regencia de Cádiz, permanecieron tranquilos los castellanos, casi tan descontentos de los guerrilleros como de los franceses. Realmente las partidas aprovecharon la coyuntura para acometer algunas empresas: el Marquesito sorprendió á Santander é hizo en esta provincia grandes destrozos, los *insurgentes* de León trajeron desasosegado al general Serás; pero corriendo hacia ellos el mariscal Bessieres, con algunos regimientos de la joven guardia, logró dispersarlos. Temiendo este mariscal no poder ocupar á la vez á Burgos, Valladolid, Salamanca, León y Astorga, hizo saltar las obras de este último punto y retiró al general Bonnet de Asturias. Tres años hacía que el tal caudillo se mantenía en aquellas difíciles provincias con tanta habilidad como denuedo, y hasta contenía á Galicia, que no osaba agitarse por miedo de ser cogida por la espalda. De consiguiente se cometía una falta llamándole de Asturias, pues era dejar á asturianos y gallegos en libertad de bajar á Castilla. Con todo, á pesar de estas dificultades, el mariscal Bessieres se hallaba holgadamente en disposición de señorear á Castilla, y además acababa de ser reforzado por la división de Souham, una de las tres que componían el cuerpo de reserva actualmente en marcha hacia las fronteras españolas.

Sucesos más graves al par que más gloriosos para nuestras armas, aunque infructuosos para nuestra dominación, ocurrían en Cataluña y en Aragón al ejército del general Suchet. Sin duda se hace memoria del acierto y la bizarría con que dirigió éste los sitios de Lérida, Mequinenza y Tortosa, cuyo triunfo, después de la toma de Gerona, completaba casi la conquista de Aragón y de Cataluña. Sin embargo, quedaba Tarragona, plaza la más importante de esta comarca, pues reunía á su propia fuerza, que era grande, el apoyo del mar y de las escuadras inglesas. Según se ha visto, servía de sostén, de asilo, de almacén, de arsenal inagotable al ejército *insurreccional* de Cataluña. Por tanto era urgente asediarla y tomarla, y con este fin había hecho

el general Suchet inmensos preparativos. Provisiones considerables juntó en Lérida y un soberbio parque de artillería en Tortosa con mil y quinientos caballos de tiro, recurso muy precioso en España, sobre todo en estas provincias faltas de agua, donde los forrajes escaseaban más que en otros puntos. Todo esto se lo pudo proporcionar el general Suchet sin arruinar al país, merced al reposo de que hacía disfrutar á su provincia, merced al sistema de contribuciones regulares que había substituído al de las exacciones á mano armada.

Además de los almacenes reunidos en Aragón y en la parte de Cataluña que le había sido adjudicada, formó parques de animales, ora comprando bueyes y pagándolos al contado á los habitantes de los Pirineos, ora conservando cuidadosamente los rebaños cogidos á los *insurgentes* de Calatayud y de Soria. Ya preparado su material, distribuyó sus tropas de modo de no dejar á Aragón abierto al enemigo mientras fuera á la baja Cataluña para intentar la conquista de Tarragona. Al desprender Napoleón de Cataluña la parte extrema del territorio para incorporarla á Aragón y conferir al general Suchet el mando, le dió al propio tiempo de diez y seis á diez y siete mil hombres del ejército de Cataluña, y reemplazólos en ésta con una de las tres divisiones del cuerpo de reserva. Entre estos diez y seis ó diez y siete mil hombres se hallaba el 7.º de línea, que servía con gloria en España hacía muchos años; el 16 de línea, uno de los regimientos que se habían inmortalizado en Essling á las órdenes del general Molitor, y por último los italianos del general Pino, tropa que se había hecho excelente y tan valerosa como disciplinada. Con este refuerzo contaba el general Suchet cerca de cuarenta mil hombres sobre las armas. Veinte mil dejó en custodia de Aragón y destinó al gran sitio que iba á emprender otros tantos. No le desvió de su objeto la utilidad de recuperar á Figueras, y juzgando que Napoleón proveería directamente con medios sacados de Francia á la reconquista de esta fortaleza, marchó en dos columnas sobre Tarragona. Una á las órdenes del general Harispe bajó de Lérida, y otra, á las órdenes del general Habert, subió de Tortosa; ésta llevaba el tren de sitio: las dos encerraron á los españoles dentro de las obras de la plaza, que además de una guarnición casi igual en número al ejército de los sitiadores presentaba una situación y una defensa formidables.

Tarragona, asentada sobre una roca, bañada por el Mediterráneo á un lado y por el río Francolí al otro, que pasa bajo sus muros para lanzarse al mar, se divide en ciudad alta y baja: la parte alta estaba ceñida de antiguos muros romanos y de obras modernas de gran relieve: la parte baja, situada al pie de la alta, sobre los terrenos llanos regados por el Francolí y á orillas del mar, tenía por defensa un muro con bastiones, regular y poderosamente fortificado. Por encima del anfiteatro que forma la parte alta y baja se veía un fuerte denominado del Olivo, construído sobre una roca, dominando en su rededor todos los fuegos y comunicándose con la ciudad por un acueducto. Cuatrocientas piezas de grueso calibre guarnecían estos tres pisos de fortificaciones, y formaban su guarnición diez y ocho mil hombres de tropas excelentes, con un buen gobernador, el general Contreras, á quien estaba resuelta á auxiliar con todas sus fuerzas una población fanática y llena de denuedo.

De continuo podía la escuadra inglesa renovar el material de la plaza, tanto en víveres como en municiones, y reemplazar á los hombres muertos ó cansados por otros llevados de Cataluña y de Valencia. Nunca hubo sitio que se presentara bajo aspecto más espantoso.

Por cualquier lado que se embistiera á Tarragona presentábase difícilísimo el ataque. Por el Sur y el Este, á lo largo del mar, se encontraban el escarpe de la roca, una serie de lunetas bien construídas que enlazaban la parte alta y baja de la ciudad al mar y las escuadras inglesas. Trasladándose al Norte, se hallaba, no el escarpe de la roca, porque hacia allí se une el asiento de la plaza á las montañas de Cataluña y se puede llegar á pie llano siguiendo las cumbres, sino un suelo árido y pedregoso, y el fuerte del Olivo, que por sí solo requería un asedio. Finalmente, bajando por el Oeste al Sur, se hallaban las dos partes de la ciudad, construídas una sobre otra, delante dos pisos de fortificaciones, en los terrenos bajos y pantanosos del Francolí, con el grave inconveniente de las lanchas cañoneras inglesas á la derecha. Todas las avenidas, pues, eran extremadamente difíciles por cualquier lado que se tomara, y obligaban á un largo sitio, que sin duda perturbarían con frecuentes apariciones los catalanes y valencianos llevados y sostenidos por los ingleses.

No desalentaron tantas dificultades al general Suchet, que miraba á Tarragona como la prenda más positiva de la seguridad de Aragón y de Cataluña y como la llave de Valencia. De su opinión participaban sus dos primeros lugartenientes, de quienes ya hemos hablado, y estaban prontos á favorecer todos sus esfuerzos: eran el general de ingenieros Rognat, espíritu poco justo, pero sagaz, obstinado, profundo en su arte, y el general de artillería Valée, talento exacto, fino y eminente, y que juntaba al golpe de vista del campo de batalla la previsión administrativa indispensable á los oficiales de su arma. Después de conferenciar con ellos, resolvió el general Suchet atacar la plaza por dos lados al mismo tiempo: por el Sudoeste, es decir, por los terrenos bajos del Francolí en torno de la parte baja de la ciudad, y de que era forzoso hacerse dueños antes de embestir la parte alta, y por el Norte, esto es, por el fuerte del Olivo, que era menester tomar absolutamente si se quería triunfar de todo este conjunto de obras.

Mientras se comenzaban los trabajos de aproche delante de la ciudad baja, dos de los regimientos más bizarros del ejército, el 7.º y el 16 de línea, á las órdenes de un joven caudillo de grandísimas esperanzas, el general Salme, emprendieron el ataque del Olivo, y abrieron la trinchera delante de este fuerte en la noche del 21 al 22 de mayo. Menester era caminar sobre áridas cumbres, por el suelo pedregoso, sin abrigo contra el relente de las noches, contra el calor de los días, contra el fuego de la plaza. Delante del Olivo había una obra avanzada que molestaba á nuestras trincheras, y que, pasando á nuestras manos, debía servirles de apoyo. Nuestros soldados se precipitaron sobre la posición y la tomaron á la bayoneta. Pero los españoles, que tenían el orgullo de ser invencibles en la defensa de las plazas, y que justificaban este orgullo, tornaron á aparecer en número de ochocientos, lanzando gritos furiosos y guiados por intrépidos oficiales que llegaron á plantar su bandera al pie mismo de la obra de cuya

reconquista se trataba. Los soldados del 7.º y del 16 de línea abatieron á fusilazos á aquellos valientes oficiales, y cayendo luego sobre la atrevida columna que les quería arrebatarse su conquista, la hicieron retroceder, picándola con la bayoneta, hasta bajo los muros del Olivo.

Este fuerte presentaba una ancha superficie sin profundidad, componiéndolo una línea de bastiones construídos sobre la roca, con fosos abiertos igualmente en ella y teniendo detrás un muro almenado que se comunicaba con la plaza por una poterna. Dentro había un reducto más elevado que el fuerte mismo, y capaz de oponer una segunda resistencia al asaltador victorioso. Mil doscientos hombres de guarnición y cincuenta piezas de grueso calibre contaban los españoles en estas obras formidables, y estaban siempre en aptitud de recibir refuerzos de la ciudad, que también por sus comunicaciones marítimas los podía recibir de continuo.

Muchos días hubo de trabajar bajo un fuego no interrumpido y experimentando pérdidas sensibles, pues todas las noches se contaban de cincuenta á sesenta muertos ó heridos entre los dos valientes regimientos que habían alcanzado el honor de este primer asedio. Se adelantaba en zizás hacia una cuesta que se enlazaba al Olivo, y se caminaba por en medio de los sacos de tierra, á causa de no ser posible hendir la dura roca sobre la cual se trabajaba. Por último, queriendo abreviar estos mortíferos aproches, se apresuraron á establecer la batería de brecha á muy poca distancia del fuerte, y estuvo ya en disposición de recibir la artillería el 27 por la noche. Siendo imposible el uso de los caballos en aquel terreno, se unieron los hombres á las piezas y las arrastraron entre una horrible metralla, que derribaba á gran número sin enfriar el ardor de los otros. Como, á pesar de la noche, descubriese el enemigo desde la plaza lo que hacían aquellos grupos, á quienes asestaba sus disparos, quiso impedirles más directamente que lograsen su objeto é intentó acometerles con una repentina salida. Al frente de una reserva del 7.º de línea, marchó el joven y bizarro general Salme contra los españoles, y en el momento de dar el grito de *¡adelante!* fué derribado por una bala de fusil y murió de golpe. Le adoraban los soldados, y lo merecía por su valor y su talento. Deseosos de vengarle, se arrojaron sobre los españoles, á quienes persiguieron á la bayoneta hasta el borde de los fosos del Olivo, y no retrocedieron sino á impulsos de la metralla y de la evidente imposibilidad de la escalada.

Durante este tiempo, las piezas de á veinticuatro fueron puestas en batería, y al día siguiente al asomar la aurora se rompió el fuego contra el bastión de la derecha, que daba frente á nuestra izquierda.

A la distancia á que se había llegado eran terribles los efectos de la artillería por ambas partes. En pocas horas fué abierta la brecha; pero el enemigo echó abajo diversas veces nuestros espolones, y en medio de nuestros sacos de tierra derribados, un intrépido oficial de artillería, el jefe de escuadrón Duchand, hizo reparar de continuo los destrozos causados en nuestra batería. Todo el día siguiente, 29, continuóse batiendo en brecha, y se resolvió dar el asalto, cualquiera que fuese el efecto de nuestra artillería, pues no hacía menos de dos

semanas que estaban delante de Tarragona, y si una sola obra costaba tanto tiempo y tantos hombres, había que desesperar de apoderarse de la plaza.

A pesar de haber experimentado ya pérdidas de consideración el 1.º y el 16 de línea, no abandonaron á otros el honor de tomar por asalto el fuerte, contra el cual habían ejecutado los aproches. Una columna del 7.º, fuerte de trescientos hombres, á las órdenes del jefe de batallón Miocque, debía marchar en derechura sobre la brecha; otra de la misma fuerza del 16, á las órdenes del comandante Revel, debía torcer por nuestra izquierda, aproximarse á la derecha del fuerte y procurar meterse allí por la gola. Pronto estaba el general Harispe á apoyar á estas dos columnas con reservas. Todo el ejército había recibido orden de estar sobre las armas y de fingir un ataque general.

Con efecto, á media noche se da la señal y empieza la acción. En torno de la ciudad alta y baja rompen nuestros tiradores un vivísimo fuego, como si fueran á lanzarse sobre el recinto. Inquietos los sitiados responden con todas sus baterías sin saber á quién hacen los disparos. Se une á ellos la escuadra inglesa, disparando al acaso á lo largo de la playa. Para enterarse los españoles del peligro que les amenaza arrojan centenares de frascos de fuego y mezclan sus gritos de furor á los prolongados hurras de nuestros soldados.

Durante este tumulto, calculado por nuestra parte, se lanzan las dos columnas de asalto fuera de las trincheras y dan sesenta ú ochenta pasos al descubierto bajo los fuegos del Olivo. Llegan al borde del foso abierto en la roca, saltan dentro, y mientras la columna del comandante Miocque, armada con sus escalas, corre derechamente á la brecha imperfectamente practicable, la del comandante Revel tuerce á la izquierda para asaltar el fuerte por la gola. En este momento acaban de entrar mil doscientos españoles enviados por la plaza en socorro del Olivo, cerrándose la puerta al punto. La ataca el capitán de ingenieros Papigny al frente de treinta zapadores y á hachazos: resiste, pero el capitán se apodera de una escala para pasar por encima; mas cae herido de una bala y expira pronunciando el nombre de su madre. Aprovechándose Revel de la circunstancia de no haber foso hacia la parte que mira á la plaza, hace que su columna aplique las escalas contra el escarpe. Zapadores y granaderos escalan el muro, saltan el fuerte y abren la puerta á la columna, que entra á bayoneta calada. En este mismo momento el comandante Miocque, dirigido contra la brecha, y no encontrándola practicable, se sirve de sus escalas. Siendo éstas cortas, el sargento de minadores Meunier presta sus robustos hombros á los cazadores, que subiendo encima, penetran en el fuerte y alargan la mano á sus camaradas. Pero siendo este medio harto lento y mortífero, parte de la misma columna busca para penetrar allí otro camino. Por fortuna el oficial de ingenieros Vacani acaba de descubrir á nuestra izquierda una avenida que es la extremidad del acueducto que lleva el agua al Olivo, cerrada no más que por empalizadas. La echa abajo con algunos zapadores y proporciona á nuestros soldados, impacientes de entrar, este nuevo paso. Habiendo penetrado las dos columnas de Revel y Miocque por estas varias avenidas, caen sobre los españoles, que abandonan el fuerte y se retiran al reducto. Se les sigue, soste-



SUCHET

niendo contra ellos un horrible combate cuerpo á cuerpo, ya á la bayoneta, ya á fusilazos. Casi sin esperanza de salvación los españoles, se defienden á la desesperada, y como son dobles en número que nosotros, y el escarpe del reducto apoya su resistencia, nos disputan el Olivo de manera de hacer el éxito dudoso. Pero el bizarro general Harispe, después de haber estado á punto de ser aplastado por una bomba, acude con sus reservas. Quinientos italianos á las órdenes de los jefes de batallón Marcogna y Sacchini reaniman con su presencia el ardor y la confianza de los asaltadores. Todos juntos escalan el reducto, y arrebatados de furia pasan á cuchillo á los tenaces defensores del Olivo. Llegados á tiempo el general Suchet y sus oficiales, pueden salvar aún á unos mil hombres; pero cerca de novecientos españoles han sucumbido en este horrible combate. Gritos de victoria anuncian á sitiadores y sitiados este importante triunfo.

En el Olivo se hallaron unas cincuenta bocas de fuego con muchos cartuchos, y al punto pusieron manos á la obra para volver las defensas del fuerte contra la plaza, para impedir que lo tomaran de nuevo los españoles, y para hacer útil á los sitiadores una artillería que les acababa de ser tan perniciosa. Tranquilizado respecto del éxito del asedio con el triunfo que acababa de obtener, pero asustado de las pérdidas que le hacía presagiar este éxito mismo, quiso el general Suchet aprovecharse del efecto moral producido en ambos ejércitos para tentar á la guarnición con palabras conciliadoras, y con la proposición de una tregua bajo pretexto de enterrar á los muertos. Asombrada la guarnición de nuestra audacia, bien que cuidándose poco de haber perdido dos mil hombres, no respondió sino con acentos de desdén y de cólera á las insinuaciones del general Suchet, y fué necesario resignarse á no obtener nada más que á la fuerza. Estando la tierra dura por efecto de la estación y siendo difícil excavarla y peligrosas las exhalaciones, hubo que quemar los muertos en vez de enterrarlos. Desgraciadamente su número era ya considerable.

Dueños ya los sitiadores del Olivo, empezaron los trabajos de aproche delante de la ciudad baja. De las márgenes del Francolí arrancaban las obras, y avanzaban de Oeste á Este, dejando á la izquierda el Olivo, que, lejos de molestarnos con sus fuegos, los dirigía contra los españoles, y á la derecha el mar, que exigía grandes precauciones á causa de la escuadra inglesa. Efectivamente, á lo largo de la playa se levantó una serie de reductos, armados con artillería de grueso calibre, para mantener á los ingleses á distancia, y alejar sobre todo sus lanchas cañoneras. Abrióse la trinchera á ciento treinta toesas del recinto, que hacia esta parte formaba una punta saliente á propósito para el ataque. Dos bastiones presentaba también cerca uno de otro, el de los Canónigos á nuestra izquierda y el de San Carlos á nuestra derecha. Este último se enlazaba con el muro del puerto y el muelle de embarque. La masa de fuegos que había que aguantar no inquietaba mucho, pues sólo se podían recibir de los dos bastiones hacia los cuales se caminaba. Verdad es que encima y algo detrás de estos bastiones se hallaba el Fuerte Real, obra de elevación bastante, y que á nuestra derecha, orillas del mar, había otro pequeño fuerte, llamado Francolí, por

estar junto á la embocadura del riachuelo de tal nombre. Esta última obra se unía á la plaza por una muralla con bastiones. Decidióse que, á la par de proseguir los aproches contra los bastiones de los Canónigos y de San Carlos, se dirigiera una batería de brecha contra el fuerte de Francolí para tomarlo por asalto.

Habiéndose distribuido veinticinco cañones entre muchas baterías que disparaban á la vez sobre la plaza y el fuerte de Francolí, éste, á pesar del vivísimo fuego del enemigo, fué prontamente batido en brecha y accesible á la audacia de nuestras columnas de asalto. Aunque tuviera escarpa y contraescarpa de mampostería, y además fosos llenos de agua, determinóse atacarlo al punto, y el respetable Saint Cyr Nugués, jefe de estado mayor del general Suchet, lo asaltó en la noche del 7 al 8 de junio, al frente de tres pequeñas columnas de infantería. Nuestros infantes se lanzaron á los fosos con el agua hasta el pecho y treparon á la brecha por entre un vivísimo fuego. Al principio resistieron con su tesón habitual los españoles, pero no teniendo la obra con la ciudad más que una comunicación larga y estrecha pegada al mar, temieron quedar cortados y se refugiaron á la plaza. Se les perseguía gritando: *¡A la ciudad, á la ciudad!*, con la esperanza de concluir el sitio por efecto de un golpe de mano; mas hubieron de contenerse ante un fuego espantoso, y obras tan imponentes que era imposible toda sorpresa. El coronel Saint-Cyr Nugués condujo al fuerte de Francolí sus soldados, se apresuró á establecerse allí de seguida, á transportar la tierra de los parapetos hacia la plaza, á fin de ponerse á cubierto, y á volver contra la rada la artillería que se acababa de conquistar.

Esta era la segunda obra tomada por asalto; pero había hartas más de que apoderarse por igual medio. Restaba una luneta llamada del Príncipe, pegada al mar y situada en el centro del muro que unía el Francolí á la plaza. Abrióse allí brecha y fué tomada el día 16 después de nuevo asalto, que fué largo y mortífero. Ya no quedaba obstáculo intermedio que vencer para atacar los dos bastiones de San Carlos y de los Canónigos, que se nos presentaban como la cabeza del toro. A la derecha el de San Carlos, como se ha dicho, se apoyaba en el mar y cubría el muro del puerto; á la izquierda el de los Canónigos cubría el ángulo formado por el frente Oeste y el frente Norte del recinto. Encima se levantaba el Fuerte Real con cuatro bastiones: si en latitud no ocupaban grande espacio los fuegos del enemigo, eran formidabilísimos por su altura, y este ataque nos debía costar mucha gente, ya para los aproches, ya para el servicio de las baterías, ya para el asalto, que no podía menos de encontrar una enérgica resistencia, pues de su éxito dependía la suerte de la ciudad baja y del mismo puerto.

Vivamente anhelaba el general Suchet acelerar el asedio, pues además de las pérdidas cotidianas, que en una veintena de días se elevaban ya á dos mil quinientos hombres, veía multiplicarse las dificultades dentro y fuera de la plaza. Escoltando la escuadra inglesa un inmenso convoy, había llevado á la guarnición dos mil hombres de refuerzo, víveres, municiones y un bizarro oficial, el general Sarsfield, encargado de defender la ciudad baja. Después había desembarcado en el camino de Barcelona la división valenciana, fuerte de seis mil